

# Imágenes del carnicero

Rodolfo JM



MI PADRE ERA UN HOMBRE ALTO y musculoso, guapo, le gustaba usar camisas de manga corta para lucir sus brazos y los brazaletes que los adornaban. Trabajaba en una carnicería del mercado Tacuba y su mayor vicio eran las mujeres. “Una vez que las pruebas no puedes parar”, me dijo cuando yo todavía andaba con la nariz llena de mocos. Ese vicio le traería la muerte recién cumplí dieciséis años: le metieron cuatro tiros al salir del trabajo. Nunca se supo quién fue el asesino.

Ahí está mi padre, sentado en la cama, con los ojos cerrados, en silencio.

Adalberto y Martín Nava eran los hijos mayores de una familia dedicada al negocio de la carne de puerco, dueños de varios locales en diferentes mercados, y del obrador que estaba junto al edificio donde vivíamos y en el que mi padre se alquilaba para destazar puercos algunos fines de semana. Mi padre, que además de ser un mujeriego era también un hombre trabajador, supo ganarse la confianza y amistad de los Nava. Jugaba *squash* y boliche con ellos. Iban a los baños de vapor. Los viernes se reunían para jugar dominó y los domingos para ver el fútbol. Pronto mi padre se convirtió en el encargado de la carnicería del mercado de Tacuba. Supongo que fue por esos días cuando se hizo amante de Idalia, la esposa de Martín.

Ahí está mi padre, que vuelve del trabajo con los brazos llenos de sangre.

En ocasiones pensaba en vengar a mi padre. Imaginaba que era lo correcto, lo que se espera del hijo de un hombre asesinado. Creía en la culpabilidad de Martín Nava y hacía planes sobre la manera en que lo eliminaría, junto a su hermano Adalberto. En todos esos planes el obrador hacía de escenario. Imaginaba a los Nava abiertos en canal, colgados de un gancho, boca abajo. Sus cuerpos con el pálido color rosa de la carne de puerco.

Ahí está mi padre, sonrío. Un vientecillo le agita el pelo.

La gente se despide para siempre en los lugares y momentos menos esperados. Cuando eso sucede ni siquiera te das cuenta. Un apretón de manos, adiós, hasta luego, tal vez un abrazo. La gente cree que volverá a verse pronto. Después *pronto* se convierte en *para siempre* y entonces ya es demasiado tarde, algo se pierde sin remedio. La última vez que vi a mi padre fue un día antes de su muerte. Eran las cinco de la mañana y estaba por salir a trabajar. “Nos vemos”, me dijo, y yo, adormilado, todavía en la cama, contesté con un gruñido.

Ahí está mi padre, se desvanece poco a poco. ■■■